

Mas a la par que resplandor de gloria  
brillante esparce su rojiza tea,  
aclarando su nombre y su memoria,  
ila amenazante luz con que flamea  
desde la cima de la patria historia  
terror de audaces invasores sea!

## DON QUIJOTE SE VA

CARLOS GAGINI (Costa Rica).

El jurado que me tocó en suerte presidir aquella tarde estuvo unánime en condenar al acusado: pero hice con tan sólidos argumentos su defensa, que mis colegas—dos artesanos y dos humildes mercachifles—vencidos por mi «elocuencia» acabaron por declararle absuelto. El hecho era de lo más vulgar: dos viajeros llegan a la posada de un pueblecito de Alajuela y se burlan de la ventera que sale a recibirlos; ella contesta y sus palabras pican tan en lo vivo a los dos mocetones, que desenvainando sus machetes, desafían a la mujer a que salga a la calle; ella sin vacilar descuelga el cuchillo de su marido ausente y se dispone a batirse, cuando entra en escena un nuevo personaje. Era un forastero llegado a la posada pocos días antes en compañía de su criado. Según declaración de la ventera, debía de ser muy anciano, acaso centenario, a juzgar por lo apergaminado del rostro, lo enjuto del cuerpo y el bigote más que blanco, amarillo como el marfil viejo. Parecía persona culta y comedida y su única ocupación se reducía a pasar las noches leyendo de

claro en claro y a veces los días de turbio en turbio, mientras su criado cuya gordura contrastaba cómicamente con la escualidez del amo, huroneaba por las cocinas. Pidió dicho caballero cortésmente a la mujer el arma que empuñaba y arremetiendo con brío a los dos jayanes les descalabró bonitamente, motivo por el cual fué procesado y habría pagado cara su generosidad si yo no le hubiera defendido como tengo dicho.

.....

Cuando volví esa noche a mi casa, situada en las afueras de la ciudad, la luna iluminaba el polvoriento y solitario camino que se dilataba serpeando por el llano como los interminables senderos que cruzan los campos de la Mancha. Frente a mi quinta y en mitad de la calle estaba parado un jinete, y aquella figura inmóvil y rígida allí y a tales horas hizo correr un escalofrío por mis venas. Al acercarme bajó de la silla el extraño personaje, e inclinándose ceremoniosamente como los cortesanos de antaño, me habló en estos o parecidos términos: «Descortés fuera yo por todo extremo, y más que descortés, desagradecido, si al irme de este lugar para siempre no viniera a manifestar a vuestra merced cuánto estimo la que me hizo librándome de las garras de la justicia, si así puede llamarse el dar apariencias de legalidad a los abusos del rico contra el pobre y del poderoso contra el desvalido».

Sobrecogido por el tono solemne y el estrafalario aspecto de aquel viejo alto y huesudo, apenas me atreví a balbucear:

—¿Pero quién es usted?

—¿Quién soy? Yo mismo lo ignoro. ¿Cuál es mi nombre? Lo he olvidado. Unos dicen que ha varios siglos me mató un soldado manco y soy ahora una alma en pena; y debe de ser así, porque muchos me llaman el *espíritu de la raza*. Recuerdo apenas que nací en España y vine a estas Indias persiguiendo un ideal que desesperé de hallar en el viejo mundo. Hidalgo nació y mi ley es la justicia, mi religión el honor y mi norte la verdad. La señora de todos mis pensamientos se llama *la felicidad humana*; pero la ha hecho invisible un maligno encantador que me tiene ojeriza, y por encontrarla he acometido las empresas más dificultosas. Puse mi espada al servicio de los pueblos en lucha con los tiranos, procuré levantar con fuerte brazo a la virtud escarnecida por la maldad, a la sabiduría obscurecida por el charlatanismo, a la hidalguía vencida por la mezquindad, a la pobreza insultada por la opulencia; y en dondequiera he visto alzarse triunfantes a los déspotas, a los perversos y a los canallas.

Ya el hombre vuelve a ser la fiera primitiva: su ciencia se reduce a destruir, ya no presenta batalla a sus enemigos, pues encuentra más cómodo asesinarlos a mansalva y arrasar las ciudades sin perdonar niños ni mujeres. Honradez, honor, equidad, patriotismo, compasión, abnegación y nobleza son palabras anticuadas o vacías de sentido en nuestra lengua. Sabios, artistas, héroes y santos se llaman hoy *desequilibrados o majaderos*: quien defiende al débil contra el fuerte es un loco entrometido; quien no exprime a los demás en provecho pro-

pio, es un tonto; quien impide a dos malsines que hieran a una mujer, es un criminal.

Los caballeros de antaño tenían un Dios, una patria y una dama; los mercaderes de hoy no tienen más Dios que el dinero, más patria que el mostrador, ni más dama que la bolsa. El centro de gravedad de los griegos y romanos estaba en el cerebro, el de los caballeros medioevales en el corazón, el de los burgueses actuales en el estómago. Mi reinado ya pasó; ahora comienza el de Sancho...

Dicho esto, el misterioso personaje subió con dificultad sobre su montura y se alejó a buen paso.

—¿A dónde va usted? le grité.

—Me vuelvo a mi aldea, contestó sin volver la cabeza; pero ahí les dejo a mi escudero.

.....

P. S.—Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que la primera parte de esta historia es rigurosamente exacta; no puedo asegurarte otro tanto de la segunda, pues yo mismo dudo de su realidad e imagino que todo fué una alucinación provocada por la semejanza de los llanos de Alajuela con los famosos campos de Montiel.

## UN MAESTRO DE AMÉRICA

JOSÉ FABIO GARNIER (Costa Rica).

Entre los hombres de alto espíritu filosófico que ha tenido nuestra América, es preciso citar, en primer término, a José de la Luz y Caballero,